

IV.

EL MONTE OREB.

Fuimos recibidos perfectamente por los padres. Uno de los dos frailes á quienes habíamos encontrado en las fuentes de Moisés, precisamente el que nos habia dado las cartas, era el superior, y su recomendacion por tanto muy eficaz.

Condujéronnos al punto á tres celdas inmediatas muy limpias y con divanes forrados de alfombra de un bñonito dibujo; nos dejaron en ellas el tiempo necesario para arreglar nuestro traje, durante el que nos llevaron café y agua; pocos minutos despues nos avisaron acababan de servirnos una colacion. Pasamos á una habitacion donde encontramos puesta una mesa, y en ella arroz con leche, huevos, almendras, dulces, queso de camella y aguardiente de dátiles hecho en el convento, y que con agua componia una agradable bebida. Pero lo que mas nos entusiasmó de aquella suntuosidad, fué el pan tierno, verdadero pan como no le habíamos comido hacia catorce dias.

Al fin de la comida entró toda la comunidad en nuestro refectorio. Los amables padres iban á felicitarnos por nuestra llegada y ponerse á nuestras órdenes para todo lo que pudiésemos desear. Aunque estábamos extremadamente

cansados, pedimos permiso para visitar el convento; nuestra impaciencia podia mas que la fatiga. Uno de los padres echó á andar delante de nosotros, y en el mismo instante nos pusimos en camino.

El convento, puesto bajo la invocacion de Santa Catalina, separece á una pequeña ciudad fortificada de la edad media; contiene próximamente sesenta frailes y trescientos criados ocupados en todos los trabajos de la casa, y en los mas penosos todavía del jardín. Cada uno tiene su ocupacion peculiar en aquella pequeña república; llama la atencion desde luego al recorrer el convento el órden y la extremada limpieza que allí reina. Por todas partes el agua, primera necesidad de los habitantes de la Arabia, sale cristalina y fresca, y por todas las blancas paredes trepa y se extiende un emparrado que alegra la vista con su verde feston.

La iglesia es una construccion romana; data de la época de transicion entre el género bizantino y el gótico. Es una basilica terminada por una bóveda de una época mas antigua que el resto del edificio, y cuyas paredes están cubiertas de los mosaicos del gusto de Santa Sofia de Constantinopla y Montereal de Sicilia. Una doble hilera de columnas de mármol coronadas de chapiteles, pesadas en su forma y raras en su ornamentacion, sostiene arcos de grande extension, encima de los que se abren pequeñas ventanas poco distantes de la bóveda, ó mas bien del techo de madera de cedro esculpido y enriquecido con molduras de oro. Los adornos del altar, de una riqueza extremada y muy numerosos, son casi todos de origen ó de forma rusa. Las paredes inferiores están cubiertas de mármol que los religiosos nos aseguraron provenia de Santa Sofia; el coro, que divide la iglesia en dos partes, es de mármol rojo; un Santo Cristo de una dimension colosal, termina su parte superior, y ¡cosa extraña! ese género de adorno que forma el principal carácter del arte bizantino, se ve hasta en la cruz donde está clavado Nuestro Señor; esta cruz es dorada y está enriquecida con esculturas muy finas y caprichosas en forma de ángulos y cuadrados.

Los mosaicos que hay en la bóveda representan á Moisés hiriendo la roca para hacer salir las aguas, y el mismo Moisés ante la zarza ardiendo. La bóveda está edificada en un lugar santo y el altar colocado en el sitio mismo en que Moisés, mientras guardaba los rebaños de su suegro, habiéndose acercado á reconocer la zarza ardiendo, oyó la voz de Dios que le llamaba desde ella y le dijo :

« Moisés, Moisés.

» Y Moisés le respondió : Héme aquí.

» Y Dios añadió : No os aproximéis aquí; quitaos el calzado de vuestros piés, porque el sitio en que os hallais es una tierra santa.

» Y añadió : Yo soy el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. »

Moisés se ocultó el rostro porque no se atrevia á mirar á Dios.

« El Señor dijo : He visto la afliccion de mi pueblo que está en Egipto; he oido el grito que ha arrojado á causa de a dureza de los que tienen la direccion de los trabajos.

» Y sabiendo cuál es su dolor, he bajado para librarle de las manos de los Egipcios, y para hacerle pasar de esta tierra á una tierra buena y extensa, á una tierra por donde corren arroyos de leche y miel, al país de los cananeos, de los heteos, de los amorreos, de los ferezeos, de los gerge-seos, de los heveos y de los jebuseos.

» El grito de los hijos de Israel ha llegado pues hasta mí; he visto la afliccion, y de qué manera viven esclavos y oprimidos en la tierra de Egipto.

» Mas venid, y yo os enviaré á Faraon, á fin de que saqueis de sus manos á los hijos de Israel, que es mi pueblo. »

Examinada la bóveda en todos sus detalles, pasamos á las sacristías y á las capillas laterales. Por todas partes están cubiertas las paredes con cuadros del bajo imperio, de una particularidad chocante, pero llenos de grandeza y elevacion.

Al salir de la iglesia nos detuvimos para admirar las puertas. Están divididas en cuadros, cada uno de cuyos tableros

encierra un esmalte perfectamente conservado y un dibujo acabado. En seguida los monjes nos condujeron á la mezquita, porque el convento griego, en señal de servidumbre, ha sido obligado á levantar en el recinto de sus sagradas murallas una fábrica turca : este es el sello del firman que le permite ejercer en aquella tierra musulmana el culto cristiano. Los padres nos hicieron observar que estaba ruinosa y abandonada; pero tal como está, basta al orgullo mahometano, y disgusta y humilla á los pobres cenobitas mas de lo que puede expresarse.

La biblioteca á donde se nos condujo en seguida, contiene una multitud de manuscritos que jamás abren los frailes, y cuyo valor nunca se llegará á conocer hasta que algun jóven ilustrado de Europa vaya á encerrarse por espacio de uno ó dos años entre sus empolvados estantes. Algunos tienen relieves de madera con arabescos de plata. Un Nuevo Testamento que nos enseñaron, está, si se ha de dar crédito á la tradicion, enteramente escrito de mano del emperador Teodosio; está adornado con las figuras de los cuatro evangelistas, una lámina de Jesucristo, y algunas pinturas que representan las principales escenas del Evangelio.

Visitamos en seguida, unas despues de otras, veinte y cinco capillitas que están en diferentes sitios del convento; todas son notables por su riqueza de ornamentacion y por el carácter bizantino de las pinturas que cubren sus paredes. Despues nos llevó nuestro guia á un subterráneo abovedado que tiene una bajada muy suave; cuando llegó al fin abrió una puerta de hierro, y bajamos al jardin.

El jardin es una maravilla de paciencia y trabajo. Ha sido necesario llevar de Egipto sobre dromedarios la tierra vegetal tomada á la orilla del rio y extenderla por las laderas de granito de la montaña en un espesor bastante profundo para que el tronco de los árboles corpulentos pueda echar raíces; dirigiendo las aguas de lluvia, ha sido preciso formar un sistema de riego para contrarestar la abrasadora actividad del sol; en fin, dedicarse á un trabajo de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos, para conservar las

delicadas plantas bajo aquel clima de fuego en que el cielo parece una lámina de hierro enrojecida. Verdad es que como en remotos días se diría que Dios habla todavía á sus fieles con la voz de los milagros. Los mas hermosos árboles y los mejores frutos que he visto jamás son la recompensa de aquellos trabajos, para los que al principio ciertamente debieron tener mas fe que esperanza; las uvas sobre todo recuerdan las que los enviados de Israel llevaron de la tierra prometida; un racimo que cortamos de la cepa que le sostenía pesaba diez y ocho libras.

Continuamos nuestro paseo bajo los fragantes naranjos, cuyos perfumes y sombra nos parecían mas deliciosos todavía recordando las paradas de las jornadas abrasadoras de los días anteriores; á través de sus ramas, delicioso abrigo de verdura para viajeros que hacia tanto tiempo no tenían otra cosa que nos resguardara que la débil tela de una tienda, se veía un cielo en cuya superficie se extendían algunos rayos rosados del sol que se ponía, y haciéndonos estremecer á cada momento como si temiésemos engañarnos, oíamos el murmullo de una fuente que manaba de alguna piedra. Preciso es haber vivido en el desierto para comprender cuánto alegra á los ojos y al oído ver árboles y oír el murmullo del agua, aspecto y ruidos tan frecuentes en nuestra Europa, y que no se comprende cuando no se ha habitado mas que en ella que puedan hacer latir nuestros corazones algun día tan vulgares goces.

A la extremidad de aquel Eden, encontramos á Mohammed y Abdallah en conversacion animada con el jardinero. Apenas nos vió se acercó á nosotros diciendo:

— Buenos días, camaradas.

Estas tres palabras de nuestro propio idioma resonaron á nuestro alrededor como un eco lejano y delicioso de la patria. Nos apresuramos á responderle en el mismo idioma; pero ¡ay! toda la ciencia del pobre jardinero se limitaba á aquellas palabras. Era un cosaco que habia estado en 1814 en la toma de París y que durante la ocupacion habia aprendido algunas palabras francesas que olvidó despues, no

acordándose mas que de las palabras sacramentales con que nos habia saludado; de vuelta á la Tartaria rusa, su maestro, cristiano griego muy celoso, le habia enviado al convento del Sinai, donde residia hacia unos diez años.

Venia entretanto la noche con rapidez; volvimos á entrar por la puerta de hierro que protege aquella parte del convento contra los ataques de los Arabes, y por la primera vez desde mucho tiempo hacia dormimos con un sueño que no vino á turbar, ni el huracan, ni las serpientes, ni los feroces conciertos de los chacales y hienas.

Al día siguiente nos levantamos con el sol, debíamos subir el Sinai y visitar todos los lugares consagrados por Moisés. Dirigimonos, pues, guiados por uno de los buenos padres que quiso hacernos este favor, no hacia la puerta, sino hacia la ventana; montamos en el palo como habíamos hecho la víspera: el cabrestante giró suavemente en sentido inverso, y á los cinco minutos nos encontramos todos cuatro al pie de la muralla. Al punto la cuerda volvió á subir, y entrando por la ventana, interrumpió de nuevo toda comunicacion entre el desierto y el convento.

El monte Oreb es una eminencia del Sinai, cuya cima está oculta de modo que desde el llano no se la puede ver. Tomamos por una especie de rambla que tenia grandes baldosas de forma regular llevadas por los monjes, y que formaban en otro tiempo una escalera cómoda por la que se subía hasta la cima de la montaña santa. Hoy esta escalera está deteriorada por las aguas de la lluvia, que se precipitan en torrentes en los días de tempestad, y sus baldosas rotas por las piedras que de tiempo en tiempo ruedan de la montaña al valle. A la tercera parte del camino, como á la mitad de la escalera, en el momento en que se va á dejar el monte Oreb para pasar al Sinai, se ve, á la manera de un marco que contuviera una parte del cielo, una puerta en forma de arco, y sobre la piedra que compone la cúpula de su bóveda, una cruz á la que va unida una tradicion que goza de gran crédito entre los frailes. Segun ellos, un judío que habia salido del convento para subir al Sinai se encontró con el im-

pedimento de una cruz de hierro, que, elevada en aquel sitio, le cerraba obstinadamente el paso, presentándose hácia cualquier lado que intentase avanzar; el judío, asustado por aquel prodigio, cayó de rodillas suplicando al fraile que le acompañaba le bautizase.

La ceremonia santa se verificó en el mismo sitio, en las orillas y con el agua del barranco. Este milagro dió lugar á una costumbre caída hoy en desuso. En otro tiempo uno de los frailes del convento estaba constantemente en oracion junto á aquella puerta, y los peregrinos, antes de pasar adelante y de pisar la montaña á que Moisés no se había atrevido á aproximarse sino con los piés descalzos, hacian una confesion general y recibian la absolucion de sus pecados.

En todo el camino vimos serpientes que á nuestra aproximacion volvian á meterse en las hendiduras de las rocas y gruesos lagartos verdes, que, enderezándose sobre sus patas, se apoyaban en las colas y nos miraban al pasar dando muestras mas bien del deseo de atacarnos que de intencion de huir. Estos reptiles son extrañamente repugnantes; su cuerpo tiene la transparencia del cristal, y de su pecho cuelgan dos pechos de esfinge. Diríase que eran esos animales fabulosos, cuya raza ha desaparecido en nuestros dias. Por lo demás, se nos había prevenido en el convento nos proveyésemos de palos, y habíamos seguido el consejo, porque la mordedura de aquellos animales es siempre dolorosa y algunas veces mortal.

Muy pronto llegamos á una capilla construida sobre la roca en la que el profeta Elías permaneció cuarenta dias. Es un edificio de forma griega con un altar cuadrado en el centro del círculo de la cúpula. Al rededor del altar hay unas gradas de piedra. Dos ó tres pinturas adornan aquella pequeña estacion. A ciento cincuenta pasos próximamente se eleva un magnífico ciprés; es el único árbol de su especie que ha resistido á aquel elima devorador. Tres olivos que en otro tiempo crecian junto á él han muerto y no han sido reemplazados. Desde aquella pequeña plataforma, destinada por la naturaleza para formar un descanso, se distingue la

cima del Sinai así como la cúpula de la mezquita que la coronaba.

Empezamos á trepar la montaña, que á medida que se eleva se hace su acceso mas difícil, y llegamos muy pronto á la roca desde donde Moisés, dominando el llano de Raphidin, extendia las manos hácia el cielo durante la batalla que Josué daba á Amalek.

« Entretanto Amalek llegó á Raphidin, á combatir contra Israel.

» Y Moisés dijo á Josué: — Elegid hombres, é id á combatir contra Amalek. Mañana estaré yo en lo alto de la colina, teniendo en la mano la vara de Dios. »

« Josué hizo lo que Moisés le había dicho y combatió contra Amalek. Pero Moisés, Aaron y Hur subieron á lo alto de la colina.

» Y cuando Moisés tenia las manos elevadas, Israel era victorioso; pero cuando las bajaba un poco, Amalek llevaba la ventaja.

» Mas los brazos de Moisés sentian el cansancio y la pesadez: y por eso cogieron una piedra, y habiéndosela puesto debajo, se sentó, y Aaron y Hur le sostenian las manos por ambos lados; así, sus brazos no se cansaron hasta ponerse el sol.

» Josué puño, pues, en fuga á Amalek y mandó pasar á cuchillo á todo su pueblo. »

Al fin, despues de cinco horas de una trabajosa subida, llegamos á la cima del Sinai, y permanecemos un momento inmóviles y absortos ante el magnífico panorama que se desarrollaba á nuestros ojos, que tanto abunda en esos recuerdos bíblicos, tan llenos todavía, despues de tres mil años, de grandeza y poesia.

El aire puro y trasparente permitia ver los objetos á una distancia prodigiosa. Hácia el Mediodía, frente á nosotros, el extremo de la península, terminada por el Raz-Mohammed, que va á perderse y ocultarse en el mar sobre el que aparecen las islas de los Piratas blancas y pálidas como nieblas flotantes en la superficie del agua; á la derecha, las

montañas de Africa; á la izquierda, las llanuras del a Arabia desierta; á nuestros piés la llanura de Raphidin, y todo alrededor un caos de montañas agrupadas en la base del gigante que las domina, y que á lo lejos parece un mar de granito de inmóviles olas.

Luego que nos hicimos cargo de aquel vasto conjunto, pasamos á los detalles. Sobre aquella cima fué donde tuvo lugar entre Dios y Moisés una conferencia, á consecuencia de la que el legislador volvió á bajar á donde estaba su pueblo, coronada su frente con dos rayos de luz.

« Subió en seguida Moisés para hablar á Dios, porque el Señor le llamó de lo alto de la montaña, y le dijo: — Hé aquí lo que direis á la casa de Jacob, y lo que anunciareis á los hijos de Israel:

» Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho con los Egipcios, y de qué modo os he llevado como el águila lleva á sus polluelos y os he elegido para mí.

» Si escuchais, pues, mi voz y conservais mi alianza, sereis los únicos entre todos los pueblos á quienes poseeré como á mi bien propio, porque toda la tierra es mia.

» Sereis mi reino, y un reino consagrado por el sacerdocio. Sereis la nación santa, esto es lo que direis á les hijos de Israel. »

Así hablaba el Señor á Moisés, rostro á rostro, como un hombre acostumbrado á hablar á un amigo.

» Y Moisés dijo al Señor: — Si he encontrado gracia ante vos, hacedme ver vuestro rostro, á fin de que os conozca; hacedme ver vuestra gloria. »

« Pero Dios le respondió: — No podeis ver mi rostro, porque ningún hombre le verá sin morir.

» Y añadió: — Hay aquí un lugar en que estoy, y donde os sostendreis sobre la piedra. Y cuando pase mi gloria, os pondré en la abertura de la piedra, y os cubriré con mi mano, hasta que haya pasado.

» En seguida quitaré mi mano, y me vereis por detrás; pero no podeis ver mi rostro. »

« Después de lo que bajó Moisés de la montaña Sinai, llevando las dos tablas en testimonio; y no sabia que desde la conferencia que habia tenido con el Señor, le habian quedado dos rayos de luz sobre el rostro. »

Leímos estos versículos de la Biblia bajo la misma bóveda en que Moisés estaba oculto cuando Dios se le manifestó en todo su poder; y su espanto fué tan grande, que si se ha de creer al fraile que nos acompañaba, el temblor de su cabeza dejó en la piedra una huella que nos enseñó.

Los musulmanes, envidiosos de aquella tradición, á pesar de ser apócrifa, han querido oponer recuerdo á recuerdo, y milagro á milagro. A los veinte pasos de la piedra de Moisés, enseñan la roca de Mahoma: habiendo ido el profeta á visitar la montaña santa, su camello, en el momento de volver á bajar, dejó la huella de su pezuña en una losa de granito. Así caminan eternamente las dos religiones una al lado de la otra, demasiado poderosas para destruirse, pero bastante débiles para darse celos.

La capilla y la mezquita, que se elevan una frente á otra, son otra prueba de lo que dejo asentado. Las dos se están arruinando, sin que cristianos ni Arabes piensen en reedificarlas. Sin embargo, por los *ex-voto* que contiene, se ve que los peregrinos de ambas naciones no las han abandonado, y van allí á adorar los unos al Hijo de Dios, los otros al Profeta de Allah. La fundacion de la capilla se atribuye á santa Elena, pero su arquitectura denota una época mas reciente.

La subida nos habia despertado un apetito que hacia largo tiempo no conocíamos. Al sofocante calor de la llanura habia sucedido, á medida que nos elevábamos, la temperatura de la Provenza, y al fin la fresca atmósfera de nuestros climas del Norte. Felizmente el religioso que nos acompañaba habia previsto aquella bienhechora reaccion, y habia hecho llevar una comida que se dispuso en poco tiempo y se comió mas á prisa. Al levantarme ví que la piedra en que me apoyaba para almorzar mas cómodamente, tenia el nombre

de miss Bennet, grabado muy profundamente con un cuchillo. Miss Bennet es probablemente la primera y única Europea que ha visitado y subido al Sináí.

Bajamos de la montaña por la falda occidental; está cubierta de la planta que produce el maná; esta es una de las riquezas del Sináí. Los religiosos la recogen y la venden. Tiene fama de ser de una cualidad muy superior á la que se recoge en Egipto y en Sicilia.

Así que volvimos á entrar en las regiones cálidas, volvimos á encontrar los lagartos y las serpientes colocados en ambos lados del camino, y levantando sus gruesas cabezas para mirar con asombro á los importunos que iban á turbar su reposo y su soledad. Caminábamos con una precaución extrema, porque el camino en algunos sitios era muy áspero y las plantas llegaban á la altura de nuestras rodillas. Como íbamos con las piernas desnudas, sondeábamos el terreno con nuestros palos, á fin de espantar á los inmundos huéspedes que habian establecido allí su domicilio. Algunas veces no impedía aquel cuidado á Mr. Taylor herborizar para formar una coleccion de plantas raras, que despues ha regalado al jardín botánico de Montpellier.

Al pié del Sináí, en el vallecillo que le separa de la montaña de Santa Catalina, encontramos la roca de donde Moisés hizo salir agua.

« Habiendo partido todos los hijos de Israel del desierto de Sin y permanecido en los lugares que el Señor les habia señalado, acamparon en Raphidin, donde no se encontró agua para beber el pueblo.

» Entonces murmuraron contra Moisés y le dijeron : — Dadnos agua para beber. Y Moisés les respondió : — ¿ Porqué murmurais contra mí ? ¿ Porqué tentais al Señor ?

» Encontrándose, pues, el pueblo en aquel lugar sediento y sin agua, murmuró contra Moisés diciendo : — ¿ Porqué nos habeis hecho salir del Egipto para hacernos morir de sed á nosotros, á nuestros hijos y á nuestros rebaños ?

» Moisés suplicó entonces al Señor y le dijo : — ¿ Qué haré al pueblo ? Poco ha faltado para que me apedree.

» El Señor dijo á Moisés : — Marchad delante del pueblo. Llevad con vos los ancianos de Israel. Coged en vuestra mano la vara con que habeis separado las aguas é id hasta la piedra de Oreb.

» Yo me encontraré allí presente ante vosotros; herireis la piedra y de ella saldrá agua, á fin de que el pueblo beba. Moisés comunicó á los ancianos de Israel lo que el Señor le habia mandado.

» Y llamó á aquel lugar Tentacion y Murmuracion, á causa de las murmuraciones de los ancianos de Israel, y porque tentaron allí al Señor diciéndole : — ¿ El Señor está en medio de nosotros ó no está ? »

La roca que Moisés tocó con su vara y de cuyos lados manó el agua milagrosa, es un trozo granítico de doce piés de altura próximamente, y tiene la forma de un prisma pentagonal que derribado descansará sobre uno de sus lados. Anchas huellas, que parecian excavadas por el torrente de las aguas, forman una especie de canales perpendiculares, mientras que cinco agujeros, colocados en una direccion horizontal y sobrepuestos los unos á los otros, designan las milagrosas bocas por las cuales Dios respondió á su pueblo.

La piedra de Oreb, porque este es el nombre que la dió el Señor, parece haberse desprendido por algun sacudimiento volcánico de la base que ocupaba, y sin duda hubiera caído al fondo del valle si la plataforma en que descansa no la hubiese detenido en su caída. Aislada como está, puede dársele fácilmente la vuelta, porque no se adhiere al suelo mas que por la base.

A pocos pasos de la roca, hay edificada una capilla y plantado un jardín, á donde se ha trasportado lo superfluo de la tierra del convento. En cierta época del año, un fraile y algunos criados van allí á distraerse en el campo.

La capilla es pobre y la sequedad ha hendido sus muros; las paredes interiores están cubiertas de cuadrillos griegos modernos; algunos mas antiguos se remontan á 1500; todos tienen un carácter notable de sencillez, y ofrecen ese bello

tipo que los pintores y mosaistas de Bizancio han sabido dar á la faz de Jesucristo.

Al dejar la capilla y la roca, y describiendo un semicírculo al pié de la montaña para volvér á ganar su declive occidental, nos enseñó el religioso el sitio en que los Israelitas adoraron el becerro de oro, y donde Moisés, al descender de la montaña, rompió las Tablas de la ley.

Nunca habia observado tanto como en aquella expedicion cuánto poder tiene la tradicion. ¿Quién tendria valor para sufrir aquel sol abrasador, trepar por aquellos picos escarpados, atravesar áridos valles, donde la luz y el calor se desprenden como en otros sitios el agua llena de frescura y los torrentes, si no fuera para ir á meditar en los mismos sitios donde se han verificado aquellos grandes sucesos? El Nuevo Mundo, maravilla reciente sin antepasado y sin recuerdos, pertenece al comercio; el Mundo Antiguo, con sus jeros. Múcos de granito y sus monumentos bíblicos, es del dominio de la poesía.

Volvimos á entrar en el convento despues de una trabajosa jornada, y volvimos á enconstrar tambien en los padres la misma solicitud y los mismos cuidados. Despues de cenar nos presentaron el album en que todo viajero que pasa por allí inscribe su nombre. Los dos últimos Franceses que habian recibido hospitalidad en el convento eran el conde Alejandro de Laborde y el vizconde Leon de Laborde, su hijo; hubiéramos adelantado algunos meses, y nosotros, antiguos conocidos en los mezquinos salones de París, nos encontráramos en medio de las vastas soledades del desierto.

Mr. Leon de Laborde, que ha publicado despues una magnífica obra acerca de la Arabia Petrea, trabajaba en aquel momento su obra científica encerrado en los valles de la península del Sinai. Preciso es haber viajado bajo aquel ardiente clima en que todas las fuerzas físicas del hombre bastan apenas á sostenerse contra la accion del sol, para comprender el valor y la abnegacion que hay en la ejecucion de una obra como la suya. Las ruinas de *Petra*, que ha

sido el primero en bosquejar, su carta de la Arabia Petrea, la única completa que existe, son verdaderos monumentos de lo que puede la voluntad del hombre. Figúrese el lector lo que es añadir á doce horas completas de camino sobre un camello la fatiga que produce bajarse cincuenta veces de tan alta cabalgadura para tomar puntos de vista al aspecto de cada montaña, y las direcciones magnéticas á cada nuevo recodo de un valle. Separado así el dromedario de la caravana, se vuelve furioso y se niega á bajarse; entonces comienza entre el hombre y el animal una lucha en la que el primero no triunfa sino con la ayuda de los mas cansados y peligrosos esfuerzos. Hay, pues, aparte del mérito de la obra, apreciada hoy por los sabios y las gentes del mundo, otro mérito mucho mayor y mucho mas apreciable para todos; y es el de condenarse á pasar tres años lejos de la sociedad de sus compatriotas, expuesto á todos los peligros, victima de todas las necesidades, para hacer dar á la ciencia, la mas ingrata y la mas fria de las queridas, otro paso hácia la perfeccion.

Fué un verdadero pesar para nosotros no encontrar á nuestro jóven compatriota en todo el viaje; pero ausente de nuestra vista, estuvo al menos con frecuencia presente en nuestros recuerdos, y fué citado en nuestras conversaciones.

Por lo demás, la proporcion de los viajeros que pasan por el Sinai acudiendo de las diferentes partes del mundo, es muy curiosa de examinar; habia entre los inscritos viajeros un solo Americano, veinte y dos Franceses y tree ó cuatro mil Ingleses, entre los cuales, como hemos dicho, se cuenta una Inglesa.

Al dia siguiente nos anunciaron que uno de nuestros Arabes pedia permiso para hablarnos. Acudí inmediatamente á la ventana, y reconocí á mi amigo Bechara; iba á tomar nuestras órdenes para la partida. La fijamos para de allí á cuatro dias; en seguida, acordada esta disposicion, Bechara se volvió á la tribu.

Aquellos cuatro dias los empleamos en dibujar, en ver y

en conversar; todo el interior del convento, todas sus intermediaciones, todos sus detalles fueron á fijarse en bocetos ó en notas en mi album de viaje; aquellos cuatro días fueron á mi parecer perfectamente empleados y los mas completamente felices de mi vida; preciso es haber gustado la vida contemplativa en los países orientales, para comprender esa especie de vértigo moral que impulsa al hombre á precipitarse de la sociedad en la soledad. Para cualquiera que haya visitado la Tebaida y la Arabia, los padres del desierto, siempre tan grandilocuentes ante la santidad del sitio, no admira ya su ascetismo.

La vispera de la partida la emplearon los buenos religiosos en los preparativos de nuestro viaje. Cada uno queria añadir algunas golosinas á nuestras sólidas provisiones: el uno nos daba naranjas, el otro pasas, otro aguardiente de dátiles; en cambio de todo esto, les dimos nosotros el azúcar que habíamos comprado en el Cairo con aquella intencion, y vimos con mucho gusto que aquel regalo, como nos habían dicho, era el que les parecia mas grato. Aquel aumento de cosas dulces consoló un poco á Abdallah y Mohammed de tener que partir tan pronto; se acostumbraban admirablemente á la vida vegetativa del claustro, y se hubieran quedado allí perfectamente si los frailes hubieran querido tenerlos; los criados del convento les habian hecho los honores de la despensa, y á pesar de la diferencia de religion, eran los mejores amigos del mundo.

Al día siguiente á las cinco de la mañana, nos despertaron los gritos de los Arabes: no comprendíamos aquel exceso de puntualidad de nuestra comitiva, á la que habíamos citado para el medio día. Asomámonos apresuradamente á la ventana, y una vez allí se redobló nuestra admiracion. Estaban los Arabes en número igual, es verdad, pero entre ellos no veía ni á Tonaleb el jefe, ni Araballah el guerrero, ni á Bechara el narrador; sobre todo, echaba de menos la falta de este último; así que deseaba conocer los motivos de su ausencia. Llamamos á Mohammed, á fin de que se informase de las causas de aquel cambio de hora y de personal: el

nuevo cheik respondió entonces que nuestros Arabes, ausentes largo tiempo hacia de su tribu, y fatigados con el último viaje, habían sido detenidos por sus mujeres; por tanto, habían enviado comisionados á la tribu inmediata para proponerla un arreglo, que había sido inmediatamente discutido y aceptado; y en virtud de aquella convencion se nos presentaba nuestro acompañamiento compuesto de rostres completamente nuevos. Por lo demás, el cheik nos aseguró que en él y en sus compañeros encontraríamos el mismo valor, la misma amabilidad é idéntico celo; en cuanto al precio, no había cambiado nada. A nuestra llegada al Cairo les pagaríamos, y de vuelta al Sinai, las dos tribus, hijas del mismo desierto, partirían como hermanas.

Nuestro asombro fué grande cuando Mohammed nos trajo aquel discurso: además del dolor que nos causaba ser olvidados tan pronto por nuestros antiguos amigos, había la circunstancia de ser cambiados como mercancías; lo que sobre todo nos admiraba es que ni uno solo vino comisionado con la escolta nueva para participarnos aquel arreglo. A esta objecion, respondió el cheik que todos sucesivamente se habían negado á aceptar aquella mision, á pesar de lo que lo había solicitado, queriendo poner su buena fe al abrigo de toda sospecha; mas la tribu de Onaleb-Saide, que era una tribu guerrera, había sentido una especie de vergüenza cediendo así á las instancias de sus mujeres; además á ese sentimiento se unia un doble temor: y era el no poder resistir á nuestras instancias, ó si mas firmes resistían, demostrar que habían recibido con ingratitud nuestra generosidad y buen trato. Era este sentimiento, añadió el orador, tan profundo y real en ellos, que habían dejado el campamento donde habíamos hecho alto, por temor de que alguno de nosotros fuese á hacer un llamamiento á su corazón ó á su lealtad, no sintiéndose con valor ni con derecho para resistir.

Toda esa relacion se nos hizo con un tono de verdad y buena fe tal, que por mas dudosa que fuera, nos pareció posible en rigor. La duda que al instante mismo se pintó en

nuestro rostro fué al instante mismo observada por el cheik, quien sin darnos prisa al parecer, nos dijo que puesto que estábamos dispuestos á marchar, era mejor aprovechar el fresco de la mañana. Por otra parte, de ese modo, nos aseguró, podríamos hacer alto junto á un manantial, mientras que partiendo al medio dia, como habíamos decidido en un principio, no tendríamos mas agua que la que llevásemos del convento: era atacarnos por nuestro lado débil. Por tanto, nos despedimos de los buenos religiosos; hicimos bajar nuestros equipajes, siguiéndolos nosotros, medio convencidos, medio desconfiados. En cuanto á Mohammed y Abdallah, miraban la cuestion con la indiferencia mas completa.

Nuestro primer golpe de vista, sea prevencion, sea justicia, no fué favorable á la nueva tribu. El cheik no ejercia al parecer sobre su gente, la misma autoridad que Tonaleb parecia tener sobre los suyos. Entre los reemplazantes no encontramos ni el rostro resuelto y honrado de Araballah, ni la fisonomía picaresca y alegre de nuestro narrador del desierto. Los dromedarios eran mas pequeños, aunque tambien mas delgados. A pesar de todas estas observaciones mas bien reservadas que expresadas en voz alta, preciso nos fué tomar nuestro partido. Montamos en nuestras cabalgaduras, y nuestro nuevo guia Mohammed-Abou-Mansour, es decir Mohammed padre de la victoria, dió al punto la señal lanzándose al galope. Siguiéronle nuestros dromedarios. Apenas tuvimos tiempo de volvernos para hacer una última señal de adios á los excelentes frailes, que todavía nos saludaban con la mano cuando ya su voz no podia llegar á donde estábamos.

En lugar de volver á emprender el camino que habíamos seguido para llegar al Sinai, bajamos por la vertiente occidental para dirigirnos hácia Thor; un magnífico valle se desarrolló de pronto á nuestros piés, y nos precipitamos á él con la rapidez de las piedras que ruedan. Al dejar el monasterio habíamos adoptado un galope tan veloz que casi producía el aturdimiento; sin embargo, las dificultades del

camino aumentaban de tal modo á medida que avanzábamos, que exigimos á pesar de la repugnancia del cheik, que la comitiva contuviese su marcha; pero no obedeció hasta que nuestras observaciones oficiosas se convirtieron en una orden imperiosa. Tomamos, pues, un paso que por mas razonable que fuese todavía nos prometia andar tres leguas por hora. Al aproximarse el medio dia llegamos á la cima de una montaña desde la que debíamos por última vez ver el convento. Vímosle ya entonces á una distancia inmensa de nosotros, destacándose en blanco y en verde con sus paredes y su jardin sobre el fondo violado de la montaña. En aquella corta parada que me costó mucho trabajo obtener de nuestro cheik, me pareció ver al otro extremo del camino que acabábamos de recorrer, algunos puntos negros y movibles. Llamé sobre ellos la atencion de Abou-Mansour, el cual exclamó que reconocia en aquellos puntos hombres, y que aquellos hombres pertenecian á una tribu enemiga. Dichas estas palabras, lanzó de nuevo su dromedario al galope, y los nuestros fieles á la consigna dada por el guia le siguieron al punto y tomaron con una obediencia pasiva el mismo paso. Separándose del valle, no tardó Abou-Mansour en internarse en el lecho de un torrente, por el que bajamos con la rapidez de una avalancha.

Hacia siete horas que duraba aquella infernal carrera, y nada indicaba en nuestro acompañamiento la menor disposición á hacer alto, cuando de repente oímos un grito á retaguardia. Nos volvimos y vimos á Araballah cubierto de polvo, medio desprendido su turbante, el vestido en desorden, precipitándose á todo el galope de su dromedario, por el mismo camino que acabábamos de seguir. Al verle, Abou-Mansour quiso redoblar su velocidad; pero declaramos nosotros que no estábamos dispuestos á imitarle sin obtener una explicacion, y que si nuestros camellos arrastrados por el suyo no querian detenerse, les saltaríamos el cráneo de un pistoletazo; forzoso, pues, le fué al cheik hacer alto. Cinco minutos despues, Araballah derribando todo lo que se oponia á su paso, se halló junto á nosotros. Su pri-

mer movimiento fué expresarnos con sus gestos, su alegría por volvernos á ver; en seguida dirigiéndose de repente hácia Abou-Mansour que se mantenía separado, le dirigió con una voz áspera y breve y con ojos inflamados, palabras que no comprendimos; pero que adivinamos ser sangrientos reproches. El cheik no respondió sino dando de nuevo la señal de partida. Entonces Araballah le cogió por el brazo y quiso detenerle; pero Abou-Mansour se libró de él rechazándole y renovó la orden de partir al galope. Inmediatamente Araballah se lanzó á tomar la delantera de la caravana, y atravesando su haghin obstruyó el camino; el cheik hizo un movimiento para dirigir la mano á su fusil, y sus Arabes blandieron las lanzas, cuando viendo que era llegado el momento de que nosotros terciásemos en la partida, sacamos nuestras pistolas, y fuimos en ayuda de nuestro antiguo amigo amenazando hacer fuego si no se detenían al punto. Abou-Mansour, viendo que no éramos mas que cuatro contra él y sus catorce Arabes, estaba incierto al parecer sobre lo que haría, cuando se oyeron nuevos gritos á nuestra espalda: eran Tonaleb y Bechara, que bajaban también el barranco, como si sus dromedarios tuviesen alas: este refuerzo, dando nueva energía á nuestra resistencia, acabó de abatir al parecer la resolución de nuestros adversarios. Además, tras ellos, en la cima de la montaña, comenzaba á aparecer la escolta completa; de suerte que á nuestra vez éramos nosotros los que á la conciencia de nuestro buen derecho, íbamos á tener la superioridad del número. Bechara y Tonaleb arrastrados por el galope de sus dromedarios y envueltos en blancos albornoces, se acercaban con la rapidez de fantasmas; pasaron por delante de nosotros gritando: ¡Salud! y se precipitaron hácia Abou-Mansour. Por su parte los Arabes se lanzaron á la defensa de su jefe. Viéndose apoyado el cheik, comenzó también á levantar la voz. En tanto el resto de la escolta llegó vociferando amenazas: cada uno agitaba ó su lanza ó su fusil; vimos que era inevitable un combate si no conseguíamos impedirlo, y nos arrojamos en medio de la confusión, intentando dominar con

nuestras voces aquel ruido infernal. Al principio no conseguimos mas que aumentar el alboroto y la batahola; por fin, la voz de mando de Mr. Taylor comenzó á hacerse oír y á ser reconocida su autoridad. Empezó ordenando á todos el silencio; en seguida separó á nuestros antiguos amigos de nuestros nuevos guías, les mandó marchasen unos á nuestra derecha y los otros á la izquierda, dejando para la parada de la noche las explicaciones y prometiendo hacer justicia á quien el derecho le correspondiese. Tonaleb pidió entonces nos bajásemos de los dromedarios para tomar nuestras antiguas monturas; pero Taylor conoció que aquella maniobra, además del retraso que ocasionaría, iba á arrimar la mecha á la pólvora. Un golpe dado, una gota de sangre derramada, en el estado de exasperación en que se hallaban los adversarios hubiese hecho imposible todo arreglo. Respondió que nos apeáramos en la parada, y renovó con una voz firme la orden de ponerse en camino. Amigos y enemigos le obedecieron, y los dos grupos, colocados á nuestra derecha é izquierda en una doble línea, se pusieron en marcha silenciosos, bajo los rayos de un sol atroz, siguiendo la misma dirección, pero caminando ahora al paso. Los dos cheiks conducían sus caravanas, colocados á igual distancia, Abou-Mansour con rostro confuso y amenazador á la vez, Tonaleb risueño y con frente altiva. Bechara había vuelto á ocupar junto á mí su sitio habitual, y me refería lo que había pasado, hablando según su costumbre un *pot-pourri* medio árabe medio francés.

A la hora conocida, es decir á cosa de las once, Tonaleb había llegado al convento con nuestra escolta, y había reclamado sus viajeros; entonces los religiosos le habían dicho que desde por la mañana habíamos salido del monasterio con el cheik Abou-Mansour que se había presentado á nosotros de su parte, y que habíamos tomado el camino de Thor. Al punto, sin perder un instante, se habían puesto en nuestro seguimiento, con toda la ligereza de sus dromedarios, ganando terreno los mas veloces, pero sosteniendo todos su reputación de infatigable ligereza. Por eso habíamos

visto llegar unos despues de otros, á Araballah, Tonaleb y Bechara separados á cierta distancia como los Curiacios. Referíanos el bravo Bechara todo aquello con un ardor y una alegría que nos agradaba sobremanera. Le prometí volver á tomar al dia siguiente por la mañana mi ordinario haghin, que detrás de nosotros iba conducido del cabezon por un Arabe, porque debo decir, y este es el momento de hacer esta confesion, mi nuevo dromedario me habia probado que quejándome de la dureza del otro habia obrado con precipitacion; di mis excusas á Bechara, é hice que las comunicara á quien correspondia.

Dada esta explicacion, Bechara, que tenia un horror santo al silencio, pasó á un asunto enteramente pastoral: me refirió los felices dias que acababa de pasar en su tribu y con su familia. Los Arabes tienen jóven el corazon y abierto grandemente á todas las emociones de la naturaleza. Una vez lanzado en el océano del sentimentalismo, me refirió desde el principio al fin toda la historia de sus amores. Los incidentes son raros bajo la tienda y en nada han variado desde Jacob y Raquel. El jóven Arabe que ama debe demostrar su valor ó su destreza en algunas excursiones contra una tribu vecina, segun que la naturaleza le haya dotado de la fuerza del leon ó de la astucia de la serpiente. Esta última cualidad era la de Bechara; era mas apto para aconsejar las empresas que para ejecutarlas. Pero si la fuerza brutal de Araballah dominaba su inteligencia en tiempo de guerra, las dulzuras de la paz y los placeres de la vida pastoral eran infinitamente mas favorables á su compañero; así que ese, por la elocuencia y la poesía, habia encontrado el camino del corazon de su Raquel. Habia llegado al retrato físico de su bella Arabe, y acababa de comparar sus ojos á los de la gacela y la flexibilidad de su talle al de la palmera, cuando mi dromedario, sin previo aviso, sin un movimiento siquiera que me indicase su intencion, metió la cabeza entre las piernas y dió principio á una cabriola, exactamente del mismo modo que los niños acostumbran á dar volteretas. Me arrojé á un lado; los dos borrenes de la silla dieron en

la arena, y mi estúpido animal comenzó á revolcarse voluptuosamente, adoptando felizmente la direccion opuesta á la que mi cuerpo habia caido. Sin esta feliz circunstancia hubiera yo quedado como prensado por un cilindro.

Preciso es hacer justicia á quien se debe; Bechara estaba en tierra al mismo tiempo que yo; pero me levanté tan pronto como estuve en tierra; de modo que me encontré de pié, sano y salvo, aunque con el aspecto de algun tanto sorprendido, natural en un hombre á quien sucede por primera vez semejante aventura. Supe entonces que el género de entretenimiento á que continuaba entregándose mi dromedario era otra de las chanzas habituales de su raza, su manera de reir. Por lo demás, mi caida, segun Bechara me aseguró, habia sido de las mas diestras; habia caido como verdadero Arabe, y él que se vanagloriaba de ser un jinete no lo hubiera hecho mejor. Cuando recibia yo con modestia las felicitaciones de Bechara, llegó Tonaleb; habia visto mi forzada caida, y aprovechándose de aquella circunstancia para volver á su idea favorita, me propuso tomase otra vez mi antiguo haghin que mejor amaestrado era incapaz de cometer semejante falta. Seguí su consejo, monté en mi antigua cabalgadura y al primer paso que anduvo reconocí mi silla tan perfectamente rebenchida por la parte que tocaba al animal.

Llegamos al fin al pié de las montañas: era allí el campamento elegido para la noche. Ambos cheiks hicieron la seña á cada uno de sus haghins, los cuales participando del odio de sus amos, se arrodillaron sin aproximarse. Sin embargo, nuestros Arabes se reunieron para levantar la tienda, no queriendo ningun partido renunciar á los derechos que creia tener. Así que al punto estuvo dispuesta. Inmediatamente Abdallah, habiendo vuelto á entrar en sus funciones, dedicó sus cuidados á la importante obra de la cena, y nosotros nos constituimos en tribunal para conocer en la aventura de la mañana.

Tonaleb, en su cualidad de querellante, habló el primero: expuso que el dia en que debiamos partir habia recibido una

comunicacion del padre de la Victoria que le informaba no debíamos partir en tres ó cuatro dias, porque habiendo visto cosas sumamente interesantes en el convento pensábamos prolongar nuestra permanencia en él. Esta fábula tan bien tejida, tenia sin embargo un lado por el que debia inspirar la sospecha: en lugar de un criado del convento, mensajero natural en tales circunstancias, llevaba aquella nueva un Arabe de una tribu que tenia una fama bastante mala relativamente á probidad; así que el enviado habia sido á Tonaleb completamente sospechoso. Por tanto, dándole gracias por el aviso, Tonaleb se propuso ir á todo evento á hacernos al día siguiente una visita; ya se ha visto cómo, menos astutos que Tonaleb, nos habíamos dejado robar como tres sacos de género. Prevenidos ya antes de llegar al convento, su admiracion cuando no nos encontraron en él hizo bien pronto lugar al deseo de echarnos la mano: habian lanzado, pues, sus dromedarios á todo escape, y como llevaban á los nuestros la ventaja de la talla, nos habian cogido muy pronto.

El acusado se levantó á su vez bastante embarazado con su posicion, á pesar de la astucia y habilidad de los Arabes, y su alegacion se resentia del mal terreno en que se hallaba colocado.

« He querido, dijo, usar de la estratagema, y he hecho bien porque estaba en mi derecho; el viajero no pertenece á tal ó cual tribu, y pues que las tribus son amigas deben gozar de los mismos privilegios; si una sola guia á los viajeros las otras moririan de hambre. Pues que Tonaleb os ha traído yo soy quien debe llevaros; lo que he intentado hacer por la astucia podia ejecutarlo por la fuerza: mis guerreros son numerosos y bravos, mi valor es incontestable; desde Suez hasta Raz-Mohammed mi nombre resuena en todos los *ouaddis* y no hay una tribu en todo este espacio que no conozca á Mohammed-Abou-Mansour. »

Parecia que estas razones, de poco valor para Europeos, no eran malas para Arabes, porque Bechara fué quien tomó la palabra para responder al padre de la Victoria. Su res-

puesta fué tan rápida, usó tantos circunloquios, embrolló tan perfectamente la discusion y dió lugar á una réplica tan animada, que Mr. Taylor, previendo que la escena de la mañana iba á renovarse, se levantó á su vez, impuso silencio y declaró que no conocia por nuestro guia y nuestro acompañamiento mas que á Tonaleb y sus Arabes. Los rehenes que esperaban nuestro regreso, y que respondian de nosotros cabeza por cabeza, eran de la tribu de Onaleb-Saide; era, pues, justo que, habiendo corrido los riesgos disfrutase el beneficio. Por tanto, no tomaria á Mohammed-Abou-Mansour por mas que fuese el padre de la Victoria, teniendo en cuenta que la supercheria de que se habia servido para procurarse viajeros nos habia indignado altamente.

Nuestro intérprete tradujo la sentencia, que fué escuchada por las dos partes con religiosidad y sumision: mas al punto que terminó la traduccion, Bechara, con gran admiracion nuestra, se llevó á Mohammed-Abou-Mansour; á poco volvieron á aproximarse á nosotros en perfecta inteligencia; ban á anunciarnos que todas las dificultades se habian orillado, que las dos tribus nos acompañarian, que no era demasiado una doble escolta para personajes tan recomendables como nosotros y que Abou-Mansour y sus Arabes nos servirian de escolta de honor.

Despues de lo que se cenó y cada uno pensó en el descanso; todos teníamos necesidad de él, sobre todo nosotros los Europeos, á quienes la permanencia en el convento habia hecho perder la costumbre del dromedario y que habíamos caído de Caribdis en Scylla con los haghins del padre de la Victoria.